

Oscar Oszlak, con la colaboración de Sebastián Juncal, *Las tramas ocultas del poder. Reforma agraria y comportamiento político de los terratenientes chilenos, 1958-1973/74*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2016, 378 págs.

Sandra Lucía Jaramillo-Restrepo

(UBA – CeDinCi, Argentina – CorpoZuleta, Colombia)

Si no fuera porque conocemos la dramática historia que se inaugura el 11 de septiembre de 1973, fecha en la que justo termina el libro de Oscar Oszlak, nos sentiríamos libres para decir que es un libro fascinante en el que con fluidez se reconstruye poco más de una década de la Reforma Agraria en Chile a través de una narración con un tono tan literario que consigue conmovernos.

Abre ubicando la reforma como un tema más general que marca la historia reciente de América Latina pero específica en cada contexto nacional. Continúa con una detallada reconstrucción de este proceso en Chile, apoyándose en el recurso metafórico que termina siendo constituyente del contenido. La metáfora es aparentemente simple: el toro, ilustrado en la portada y sometido a una larga corrida, simboliza los terratenientes ‘representados’ por la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA). Como torero están los tres gobiernos presidenciales que pusieron en práctica la reforma que al inicio no tuvo tintes revolucionarios sino que estuvo articulada a la Alianza para el Progreso, pero que al final sí tuvo un tono radical de inspiración socialista.

El primer gobierno considerado fue el de Jorge Alessandri Rodríguez (1959-1964) que llegó apoyado por “una combinación política de fuerzas de derecha autodenominada Alianza de Partidos y Fuerzas Populares, posteriormente disuelta” (p. 59), luego Eduardo Frei Montalva (1964-1970) y finalmente Salvador Allende (1970-1973). Pero la metáfora es más compleja: toro y torero se miran desafiantes y oscilan entre el diálogo y la traición; así, el estilo permite mostrar las fuerzas en tensión que se van transformando no de forma determinista ni lineal sino como proceso que sólo es posible reconstruir a posteriori; y muestra también la intensidad en crescendo de la conflictividad social que como en las composiciones musicales llega a una solución final, en este caso el final fue trágico, dado el sangriento golpe militar de Augusto Pinochet.

El libro cierra con un capítulo conclusivo en el que el autor mira panorámicamente el proceso histórico, evidenciándonos cómo puso en relación la teoría con esa realidad reconstruida. Se trata de una sistematización de la propia experiencia investigativa, que sólo podrá tener carácter heurístico para otras si no caemos en la tentación de tomarla como un

manual de procedimiento, pues el marco conceptual es extraído específicamente de la experiencia estudiada. La generosidad de este capítulo final se debe a que más que contribuir al estudio de la reforma chilena, tan ampliamente abordada por muchos otros investigadores, el autor apunta a algo que considera más trascendente y “piedra basal de la ciencia política: tratar de comprender el comportamiento político de actores e instituciones sociales y sistematizar ese conocimiento con propósitos descriptivos, interpretativos y, eventualmente, predictivos” (p. 330). Así, Oszlak observa en este libro el comportamiento de los actores sociales que toma como “el resultado agregado y a menudo contradictorio de múltiples interacciones” (p. 364), pero igualmente atiende la conflictividad interna.

Son muchos los actores que aparecen a lo largo del texto pero la observación se focaliza en una institución, la SNA que es “la principal organización corporativa de este sector social [que son los terratenientes] y cabeza, a su vez, de una red institucional que a lo largo del periodo examinado sufrió importantes expansiones y contracciones” (p. 51). Toma como fuente privilegiada las actas del consejo de dirección a las que tuvo acceso en su totalidad, pero contextualiza esa fuente en otras como *El campesino*, órgano oficial con el cual la sociedad expresa ante el afuera lo que el autor nos ha mostrado desde la intimidad, o periódicos de amplia circulación en el país como *El Mercurio*. El Estado, que para el autor a más de ser actor social es arena para dirimir los conflictos sociales, también es recuperado en toda su dinámica a través de la investigación: “pretendo mostrar que la política estatal es el resultado de una dinámica social e intra-burocrática, en la que se enfrentan actores, interpretaciones, posiciones y cursos de acción sumamente heterogéneos; casi nunca es el proceso lineal y poco conflictivo que sugieren las diversas versiones del llamado ‘ciclo de las políticas públicas’” (p. 364).

La especificidad de la fuente conecta el texto con la dimensión micro, no sólo la micro historia o la micro política sino incluso la micro sociología. Y la exhaustiva revisión de ella le permite al autor concluir que la SNA ensayó formas variables de actuación a lo largo de los gobiernos estudiados. Identificando seis estrategias que son también modalidades de la acción política: consolidación, obstrucción, cooptación, enfrentamiento, adaptación y penetración o persuasión; aplicadas además en tres planos: el interior del aparato estatal, la esfera internacional y la propia sociedad civil.

Alessandri adelanta la conocida Reforma del Macetero, que aunque ridícula en sus apuestas sociales contribuyó a azuzar el descontento social, interpelando por primera vez a los terratenientes. En ese momento la SNA se mostró conciliadora con el gobierno y a su

interior emergieron voces que en pro del *statu quo* se mostraron flexibles con la reforma: “[n]o debemos olvidar que si en Chile se ha preservado y consolidado el régimen institucional, ha sido por la sabiduría y prudencia de los hombres de la derecha, que han sabido adelantarse a los acontecimientos realizando ellos las innovaciones que eran necesarias” (p. 107), postura que no logró imponerse, pero que sí fue punto de partida a debates más políticos y menos gremiales que marcarían las discusiones de la SNA durante el periodo. También en este momento aparece la interacción con otro actor, el campesinado, que será eje de análisis en el libro, pues es un actor que se disputan los terratenientes y el gobierno. De hecho algunos consejeros trazaron lineamientos en ese sentido: “la única forma de detener el comunismo es elevar el estándar de vida campesino” (p. 134).

El segundo tercio de la corrida va imponiendo el miedo a la expropiación, variable que le da cierta unidad al análisis teórico altamente complejo de este proceso. Se trata de la presidencia de Frei perteneciente al Partido Demócrata Cristiano (PDC) que será clave más adelante para el debilitamiento de la Unidad Popular. Confrontan al interior de la SNA voces que recomiendan favorecer la reforma agraria como una estrategia de contención social con otras que no están dispuestas a ceder en lo más mínimo, arguyendo que es indiferente que sea poco o mucho lo que se expropie, ya que en cualquier caso se amenaza el derecho de propiedad que es menester conservar como valor, como ideal social. La SNA acentúa en ese momento su actuación en red extendiendo relaciones con otras organizaciones terratenientes y concreta un arduo lobby político para incidir desde dentro del gobierno, mientras éste interlocuta directamente con los campesinos, intentando fragmentarlos e impidiendo el desarrollo de sindicatos marxistas. Así, “[l]a presidencia de Frei como en nuestro metafórico tercio de banderillas, terminaba con un torero fatigado por la lidia, pero todavía entero, y un ‘toro’ que había logrado resistir los puyazos, varas y rehiletos. Aún herido y debilitado, se preparaba para el enfrentamiento, donde matar o morir se insinuaba como la consigna de un último y definitivo tercio” (p. 263).

El 4 de septiembre de 1970 llega Salvador Allende a la presidencia gracias a la Unidad Popular, “un frente conformado por diferentes partidos políticos, cuyas diferencias internas se hallaban aun latentes y no permitían asumir una posición de total ruptura con el sector agrícola” (p. 271). Al comienzo las diferencias al interior de la UP eran menores pero el SNA y las entidades aliadas hicieron esfuerzos por “ensanchar sus potenciales desacuerdos” (ibid). Allende maniobraba en medio de un conflicto social creciente. Recibía demandas por derecha y por izquierda que al tratar de satisfacer, en pro de la distensión, se

anulaban mutuamente. El antagonismo gobierno-oposición se hizo claro a partir de 1971 y en 1972 empezó a mostrarse insalvable. Evidentemente el golpe no fue asunto de un día, sino que se fue fraguando en el tiempo cuando los diversos actores se distanciaron del gobierno. El ideal ‘propiedad’ fue determinante para que el campesinado (con excepción de los Mapuches), disputado como fuerza política por el gobierno y los terratenientes, virara sobre estos últimos que no tuvieron empacho en tentarlos con la expectativa de ser propietarios y con mejoras laborales, haciendo uso de un discurso útil que incorporaba nociones como solidaridad y justicia social.

También los profesionales del agro y los bosques, otrora neutros por su supuesta práctica neutra, se opusieron al gobierno acusando este de improvisación técnica, lo que se veía confirmado por la carestía creciente producto también de la táctica de agricultores que no se arriesgaron a cultivar tierras con riesgo de ser expropiadas. Se sumaron “las disputas jurídicas planteadas en las diversas fases del proceso expropiatorio”, arrastradas desde el gobierno de Frei y agudizadas para entonces. Disputas que obturaron la implementación de la política agraria gubernamental por parte de los Centros de Reforma Agraria (CERA), organización provisoria para la explotación de las tierras expropiadas. Adicionalmente la carestía “había empujado al gobierno a establecer un circuito comercial paralelo (ferias, juntas de abastecimiento, poderes compradores, etc.) para suplir la merma en los artículos de consumo”, generando condiciones para que un actor más se opusiera al gobierno: los comerciantes. Los partidos, por su parte, ejercían una presión que en principio no buscaba lastimar las instituciones de forma irreversible.

La huelga de 1972, iniciada por los transportadores y a la que “el 18 de octubre se sumaron los médicos, odontólogos y químico-farmacéuticos, quienes se declararon en huelga en todo el territorio nacional”, así como los “asentamientos de la Confederación Triunfo Campesino, la Confederación de Sindicatos de Agricultores, colegios, profesionales y funcionarios de la administración pública”, dio lugar al Pliego de Condiciones de Chile, rechazado por Allende por su carácter político aunque “en su situación, un rechazo de plano era inconducente: la oposición se había consolidado a tal punto que resultaba imposible mantener la situación”, así que en noviembre hubo una reorganización del gabinete ministerial e ingresaron tres miembros de las fuerzas armadas. Con la entrada de escena de este actor, los militares, comenzaba el fin de la oportunidad histórica de una revolución social por medios democráticos.

Las elecciones legislativas de 1973, que permitieron que tanto el gobierno como la oposición se presentaran como ganadores, fueron decisivas para resolver la tensión por la vía militar, ya que a la oposición se le desvaneció la vía legal para desplazar al presidente [vía que sí fue posible en el escenario brasilero reciente] y Allende siguió adelante con un ritmo de cambios improcedente, pues en realidad la reforma generaba expectativas y temores de expropiación mayores de los que efectivamente podían llevarse a cabo con la normativa vigente. Para colmo el presidente avanzaba con la UP paralizada por diferencias internas y con una presión gremial y partidista creciente que hacía guiños a militares que ocupaban gabinetes ministeriales. En este escenario la SNA emprendió una campaña responsabilizando al gobierno de la crisis económica que se acentuaba. “El cuadro de empate catastrófico como el descrito, donde los resultados electorales no resuelven el antagonismo que divide por la mitad a la sociedad chilena, y el espacio propio del poder institucional también se halla quebrado en dos partes irreconciliables (de un lado el Gobierno, una minoría sustantiva del Congreso y el Tribunal Constitucional; del otro, la Corte Suprema y la mayoría de ambas Cámaras), la postura radicalizada en ambos bandos apostaría su suerte definitiva a una solución extrema: el copamiento militar del Estado o una insurrección civil. El presidente Allende no renunciará a buscar un camino político que imposibilitara esa salida fatal; lo que tenía en mente era establecer un diálogo con la presidencia del PDC, un llamado a la paz social formulado por la Iglesia Católica y un reforzamiento del rol constitucional de las Fuerzas Armadas” (p. 318).

La Reforma Agraria avanzada por más de una década y que logró expropiar de forma efectiva 6.783.643 hectáreas físicas totales, tuvo un freno e incluso un retroceso con la cruda dictadura militar de Pinochet, sin embargo, el *statu quo* en Chile quedó interpelado de forma definitiva y la clase terrateniente se vino a menos. En su lugar una agricultura de exportación y modernizante tomó la delantera, “Salvador Allende no pudo consumir su faena. Pero nuestro metafórico ‘toro’ latifundista tampoco consiguió sobrevivir a la corrida. Ya desde el segundo tercio de varas, herido y debilitado, fue languideciendo lentamente en una larga agonía. No deja de ser paradójico que su postrero estertor no fuera consecuencia de la espada del diestro, sino de la obra de quienes, en apariencia, entraron en escena para auxiliarlo” (p. 324).

El aporte específico de este texto es que logra dar cuenta de la incidencia política que tuvo el comportamiento (hacia afuera e internamente) de un actor social, en este caso los terratenientes vistos desde las actas de la SNA, concluyendo que “los cambios en la

correlación de fuerzas políticas, que sin duda obedecieron a numerosas circunstancias, no son suficientes para explicar la pérdida de poder relativo de los terratenientes, al punto de modificar el balance entre defensores y cuestionadores del *statuo quo*. Fueron en gran medida las desavenencias internas y conflictos entre los mismos terratenientes, surgidos de la propia heterogeneidad de sus intereses, posturas político-ideológicas y disposiciones a la acción colectiva de sus miembros las que parecerían tener un alto poder explicativo de su menguada capacidad para resistir los avances de la reforma” (p. 329).

Además, es una investigación que permite reflexionar sobre la compleja urdimbre que es el poder. Acá, sus tramas se ven a través de las redes interactivas que la SNA logró tejer en sus ámbitos de actuación, tramas densas que subyacen en la sociedad e inciden en los derroteros de cada historia concreta. Partes de esa trama son visibles a cualquier observador, pero otras necesitan ser develadas a través del abordaje de fuentes e interacciones menos visibles. Ese develamiento es el aporte que le corresponde al investigador social.

Aunque Oszlak nos advierta que la relevancia de su libro apunta a un aspecto de las ciencias políticas: la indagación por el comportamiento de los actores y sus efectos, consideramos que el libro aporta al estudio de la historia chilena desde una perspectiva necesaria para los estudios de la izquierda. Nos referimos a la mirada autocrítica a las actuaciones políticas y el papel que esas actuaciones jugaron en la implementación de los socialismos reales del siglo XX. Claramente hay un descentramiento del aporte al golpe que sabemos que hizo Estados Unidos y que el autor no deja de reconocer, pero en términos explicativos opta por darle lugar a los actores nacionales y, en consonancia con su perspectiva, al comportamiento no sólo de los terratenientes, sino también de la UP incluyendo ese entrañable personaje que fue Salvador Allende. Mostrando, además, el papel desestabilizador que jugó la carestía, aspecto recurrente en el fracaso de gobiernos revolucionarios e incluso progresistas, de donde inferimos que idear opciones al proceso productivo es una de las tareas urgentes de la izquierda. Desarrollar ese aspecto del estudio de la historia chilena desde la autocrítica de izquierda, exigiría que el texto de Oszlak se ponga en diálogo con los originales desarrollos que el sociólogo Hugo Zemelman hizo en relación a este mismo objeto llegando a conclusiones afines. Pues desde otra perspectiva y animado por otras problematizaciones, Zemelman –que nos llega muy tangencialmente en el libro de Oszlak referenciado apenas por su trabajo con James Petras- elabora su propia experiencia con la UP, dándole lugar al examen de una actuación política que fracasa donde no supo leer

las fuerzas sociales efectivas que respaldaran el ritmo creciente y sostenido del cambio social que se implementaba.